

Para Marta.

PRÓLOGO a las *canciones*
de un centinela perdido.

*...cuando escuches un ruido
como de pasos
entre las balsameras,
entonces ataca rápidamente...*
2 Sam., 5:24.

MEDIANOCHE EN el olivar,
medianoche en el litoral
de la tierra.

¿Quién va!

¡Eh!, compañero a medianoche,
¡escucha!, ¿no conoces la canción?
Escucha la canción de medianoche
que guarda en tierra nuestro corazón.

¿Quién va!

¡Atrás! ¡Atrás!
¡Silencio al corazón del olivar!
¡Atrás! ¡Atrás!

Medianoche en el litoral
que la tierra des nombra.
Medianoche en el olivar
donde vela la ronda.
Allí se iba mi muerto
en ronda de su intermedio;
allí callaban su misterio,
la piedra al fondo del olivar
y la rama flor en renacida,

la voz que no sabe ya cantar
y la que nunca lo olvida,
la voz del otro del canto
por cantar.

¡Eh! ¡Compañeros! ¡Escuchad!
«¡Atrás! ¡Atrás!
¡Silencio al corazón del olivar!»

En su otro rostro intempestivo
busca y rebusca sin lugar
a su otro cuerpo fugitivo
por la medianoche en el litoral
de la tierra,
en el olivar
del sueño,
de la imagen de su igual,
ángel otro de una ausencia sin jamás:

la letra de la sangre en su mortal,
la letra de la falta por llegar,
la letra de su cero por callar.

¡Eh! ¡Compañeros! ¡Despertad!
¡Eh! ¡Despertad!

Pero ninguno (no su nadie),
ninguno despertaba
y nadie
(no un ninguno) su nadie
así seguía, así decía, así
cantaba:

«¡Escucha, centinela
perdido!
¡Ensangra bien la letra
de tu destino!»

CANCIONES
del centinela perdido

... puesto que nuestro espacio
siempre es la vida y lo que la supera...
Ernst Bloch, *Huellas*.

... vi al Señor sentado sobre una silla alta
y sublime, y sus faldas *henchían* el templo.
Is. 6:1.

ALLÍ DURABA
en la arboleda;
allí cantaba
la compañera.

La diciente en su nido amanecía
por donde muda en sombra repetía
tu ritmada canción
de sangre sin riberas.

Allí duraba
en la arboleda;
allí cantaba
la compañera.

Un corazón
late tu piedra,
la nervazón
pulsa y no piensa.

Una palabra dice tiempo:
otra palabra nacimientos,
voces del antedía
de un olivar que va tardío.

Allí duraba
en la arboleda;
allí cantaba
la compañera.

Muriente nombradía,
tu pulso dicta al frío
la múltiple caída
que impacta sin latidos.

Arboleda distante la imposible
arboleda naciente del granito,
la flor dichosa de la piedra audible
o pájaro o robledo o muerto a gritos.

Allí duraba
en la arboleda;
allí cantaba
la compañera.

Una voz grande, incontenible, abría
por su íntimo, mi íntimo
que no reconocía.